Juan José Isac



Lo que ocurre cuando te pones a buscar...

DÓLMENES

LO QUE OCURRE CUANDO TE PONES A BUSCAR DÓLMENES

LO QUE OCURRE CUANDO TE PONES A BUSCAR DÓLMENES

Juan José Isac

Liber Factory

© Obra: Lo que ocurre cuando te pones a buscar dólmenes

Primera edición: Julio, 2024

© Autor: Juan José Isac Sánchez

ISBN: 978-84-10040-65-6

© Editado por LIBER FACTORY www.liberfactory.com

Gestión, promoción y distribución: Grupo Editor Vision Net S.L.
C./ San Ildefonso 17, local, 28012 Madrid. España.
Tlf: 0034 91 3117696 // Email: pedidos@visionnet.es
www.visionnet-libros.com

Disponible en papel y ebook en las principales librerías físicas y online.

Las opiniones expresadas en este trabajo son exclusivas del autor. No reflejan necesariamente las opiniones del editor, que queda eximido de cualquier responsabilidad derivada de las mismas.

Este libro no podrá ser reproducido, ni parcial ni totalmente, sin el previo permiso por escrito de los titulares del *copyright*. Todos los derechos reservados. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.es o por teléfono 917021970) si necesita fotocopiar, escanear o utilizar algún fragmento de esta obra. Gracias por comprar una edición autorizada de esta obra y por respetar las leyes del *copyright*.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 13

EN MARCHA 17

Hablando de friquis 19
Soñé con dólmenes 27
¿Cómo empezó todo? En donde se explica por qué
a los antiguos les dio por erigir dólmenes,
y a mí por visitarlos 31
Hay dólmenes y dólmenes 39
Nunca con cuñados 53

ANDANDO POR EL CAMINO PELIGROSO 63

Amor y precipicios 65
Un dolmen de color naranja 73
Ochocientos kilómetros para nada 77
En donde se describen las características anatómicas
de los limacos, se porfía en que sí que habíamos
estado allí, y se cifra la cantidad máxima de veces
que es posible invocar el nombre de Dios en vano 83
Holanda: primitivos y flamencos 91
Vilajuitgá: donde se confirma que las escaleras se
bajan mejor andando, así como otros pertinentes
conocimientos 99
Que parezca un accidente 107
El aroma del miedo 113
Burgui, donde se da fe del dolmen de peor relación
calidad-precio del megalitismo, y se relata cómo
conocimos a Casimiro 119

¡Vacas! 133
Y otros animalitos..... 139
Motivos por los que abstenerse de ver dólmenes 141
En el telesilla de Cerler 145
En el corazón de ETA..... 147

INSÓLITO..... 153

Pero... ¡si ayer estaba aquí! 155
El hombre de la mancha en la nariz 161
Buscando dólmenes entre los electrodomésticos..... 167
Una orca y muchos agujeros 171
El dolmen es solo para los clientes 177
El otro friqui de los dólmenes..... 179
¡Taxi, rápido, al dolmen!..... 185
El dolmen que Pili soñó antes de verlo 189

¿HA VISTO USTED UN DOLMEN POR AQUÍ? 193

Veinte años cogiendo caracoles 197
Unas pedras muy antiguas 201
Fuego de fusilería en Serra do Carapito 205
Un dolmen muy emboscado..... 211
Donde una mujer con barreño en la cabeza nos
hizo un sortilegio o algo parecido 215
En tractor al dolmen de Miralles 219
Una enconada rivalidad cinegética..... 223

BUENA GENTE..... 231

¿Era Tapada do Poço, o Poço da Tapada?
De cómo nuestra infatigable búsqueda por tierras
portuguesas nos llevó hasta un cura-párroco
exquisito degustador de plátanos 233
La Rosé francesa 241
Y la Rosé española 245
¡Coche branco! ¡Coche branco! tuguesa 247

Un paquetito de jamón 253
¡Cuánto vino...! 257
Las Islas Jersey, donde Almodóvar no rodaba una película..... 261
Una frontera y dos gasolineras 269
Donde se verifica que la menor distancia entre dos puntos no siempre es una recta, y se examina el modo de hacer caridad de un señor de Alcañiz..... 273
En donde se confirma que los niños en Francia no lloran, así como se acredita la ausencia total de bocinazos en las rotondas francesas 281
En donde se demuestra que es posible aguardar en un semáforo sin tocar el claxon 285

POR ESOS MUNDOS DE DIOS 290

Y ya puestos, el silencio absoluto 293
Un paseo por Irlanda..... 299
Un relajante baño de espuma..... 305
¿Qué, de vacaciones? 311
El frasquito de sales 313
Antonio, Antonio... pues ahora no caigo 317
Dólmenes, zamburiñas... y gallegos de color..... 321
De cómo mi legítima aspiración a visitar un dolmen fue cruelmente reprimida por un rebaño de ovejas..... 325
La Ley de Murphy. Art. 135, epígrafe 3 329
Por Chinon, donde Juana de Arco nació y Pili casi palma de la risa..... 337
Tú a Boston y yo a California..... 341
En algún sitio habrá que dormir 347
¿Qué tiene de malo dormir en un puticlub?..... 351
En Malta, donde disfrutamos el peculiar confort de los autobuses malteses y aprendimos una vistosa forma de hacer la peineta 353
Quién te ha visto y quièn te ve 357
El mastin de Riaño 361

DE SALIDA 365

Los coches que nos llevaron 367
La música de los dólmenes 373
Enya 381
Mis dólmenes favoritos 385
Otras fotos 399

A los esforzados constructores que levantaron estos dólmenes con el único fin de que miles de años después yo fuera a disfrutarlos.

Y a Pili, claro, sin cuya necesaria intervención casi ninguna de estas anécdotas habría ocurrido.

Introducción

Nunca he sido más feliz que cuando he ido a ver dólmenes.

¿Porqué?
Muy fácil. Podría daros un montón de razones.
Bueno, la verdad es que no podría daros tantas.
Bien mirado, ahora mismo no se me ocurre ninguna.
La respuesta más sincera que puedo daros es que no lo sé.

Como Pili me ha acompañado casi siempre, estimo que un ochenta por ciento de las veces, puedo decir que nuestra relación, gracias a los dólmenes, ha sido sólida como una piedra. Perdón por el chiste fácil. Perdón. Perdón. Lo retiro.



Así que podréis llamarme friqui, con razón, pero lo cierto es que buscando dólmenes he pasado muchos de los mejores momentos de mi vida. Y no solo al ir hacia ellos y fotografiarlos como preparando el viaje, buscando información y vestigios en libros, revistas y folletos, visitando bibliotecas, museos, centros de publicaciones y oficinas de turismo. Pero también consultando mapas, comprándolos —en La tienda verde y en Desnivel tengo tratamiento VIP— preparando el viaje, organizando las rutas, eligiendo hoteles, hostales, pensiones, habitaciones de casas particulares y hasta alguna de puticlub, como más adelante comprobaréis.



Y luego, a la vuelta de los viajes, la ilusión continuaba revelando los carretes —cuando las fotos se revelaban— y seleccionando las mejores, organizándolas en fichas y bases de datos, y pasando a limpio las rutas que nos llevaron hasta ellos desde las libretas y los cuadernillos donde dejaba anotados los itinerarios sobre la marcha.

Y en seguida preparando el viaje de la próxima semana santa, del puente de mayo o el del mes de vacaciones, que

daba para dos o tres escapadas. Y así durante muchos años, cuarenta y tres años de ilusión adolescente y felicidad, no diré absoluta pero sí algo muy parecido a eso que debe ser el colmo de la felicidad, esto es, hacer algo que te pirra y que no cambiarías por nada. Como os he dicho arriba, muchísimos de estos viajes los he hecho con Pili, por lo que ni he descuidado la familia con la extravagante afición ni se han resentido por esta rara chaladura las relaciones afectivas. Diría que todo lo contrario, la cantidad de anécdotas y cosas que nos han pasado mientras buscábamos dólmenes todavía hoy conforman las batallitas que de vez en cuando rememoramos con agrado y un puntito de nostalgia.



Los friquis, en su salsa

Así que sí, nos hemos gastado mucha pasta, he invertido muchísimo tiempo en viajes, preparativos y luego en confeccionar esos libros artesanales y de consumo interno y de amiguetes donde recopilo los hallazgos. Pero el balance de los pros y los contras no puede ser más favorable: me lo he pasado bomba, podría ser el resumen de la experiencia.

Y todavía sigo proyectando escapadas. No se me ocurre una chifladura mejor a la que haber dedicado mi preciosísimo tiempo, dicho con todos los respetos a los que consideréis, seguramente con mucha razón, que estáis en presencia de un soberanísimo friqui, de un friqui de libro. De un libro de friquis de los dólmenes como es éste.

EN MARCHA

Hablando de friquis

Un buen día estaba viendo tranquilamente la televisión cuando veo que aparecen en pantalla un montón de friquis reunidos en formación y que saludaban sin pudor y sin complejos al público que se asomaba a verlos. La noticia era que un desfile de friquis había tomado las calles de algún lugar del mundo, seguramente Pensilvania o un sirio de esos, y mostraban a paso alegre y desenfadado un colorido arsenal de variopinto friquismo de muy diverso pelaje y condición.

Entonces llamé a Pili y la conminé a que se dispusiera a formar parte inmediatamente de ese desfile de friquis, a ser posible en las primeras posiciones.

—¿Por qué? —protestó, sin hacerme mucho caso pero un tanto mosqueada.

—¿Que por qué?— argüirle yo, como si fuera la mar de evidente. ¿Que por qué? Pues porque tú eres la segunda persona que ha visitado más dólmenes en la historia del universo conocido. ¿Hacen falta más razones para demostrar que tú eres por méritos propios una auténtica friqui?

—¿Ah, sí? —replicó ella— Pues por esa lógica, quien debía estar presidiendo ese desfile eres tú, que eres la primera.

—No cambies de tema. Yo soy demasiado tímido. Tú no tienes ningún sentido del ridículo ni del pudor y eres capaz de bailar una jota en mitad de la plaza de tu pueblo, de cualquier pueblo. Yo en cambio yo soy incapaz de bailar nada en ningún sitio, o de dar la vez en la frutería por no significarme.

Bueno, la conversación se desarrolló más o menos así. Afortunadamente la pandemia postergó indefinidamente la conclusión acerca de cuál de los dos acumulaba más méritos para acudir a ese desfile, pero sí que aquella noticia del

desfile de friquis empezó a calar en mí la honda sospecha de que yo me había convertido, efectivamente, con el paso del tiempo, en un friqui de los dólmenes.

¿Friqui de los dólmenes? ¿Aficionarse a los dólmenes es motivo para llamarle a uno friquis? ¿Estoy llamando friquis a todos esos arqueólogos e investigadores que hacen del estudio de los dólmenes el núcleo de su vida profesional? En absoluto. Los arqueólogos no son friquis, al menos no por estudiar dólmenes y sacar de ellos huesecitos y puntas de flecha. Si lo son, lo serán por otra cosa ajena a su vocación de arqueólogos o paleontólogos o lo que sea. En cambio, yo tengo todas las papeletas para que esta mi desaforada pasión por los dólmenes me convierta en un friqui de libro. De un libro como éste, añado con rotundidad.



Lo bueno de comer junto a un dolmen es que no hay que reservar mesa. Siempre hay sitio.

Quedamos entonces en que no soy ni arqueólogo, ni antropólogo, ni paleontólogo ni historiador, ni experto en nada. Puede incluso que mi cultura general deje mucho que desear. Y ni siquiera es que este amplio y tal vez digno de

mejor causa bagaje megalítico tenga por objetivo o como efecto secundario el de presentarme a ningún concurso. A pesar de los miles de dólmenes vistos y de los cientos de miles de kilómetros recorridos para llegar hasta ellos, no tengo ni idea de lo que eran, ni para lo que servían, ni quiénes los construyeron, ni cómo lo hacían, ni para qué los dejaban allí plantados en mitad del campo. Si eso no es ser friqui, que baje Divine y que lo vea.

Bueno, tal vez no sea del todo cierto. No es que no tenga ni idea del entorno megalítico. Al cabo de tantos viajes a uno se le van quedando cosas, como al taxista que se hace una cultura de solo escuchar lo que le dicen los clientes entre trayecto y trayecto y bajada de bandera. A mí también se me han ido quedando cosas. Muchas cosas. Pero de pasada, sin querer, como el que se le queda algo de oro entre las uñas cuando va hurgando en la arena de Alaska buscando pepitas. Yo no busco saber nada de los dólmenes, no me interesa para nada si de un dolmen concreto han sacado ocho huesecillos u ochocientos, o tantos collares, o sí había individuos colocados en esta postura o en aquella posición. Lo del ajuar funerario es el pan nuestro de cada día en las excavaciones y en cambio a mí lo del ajuar me suena más a bodorrio y celebraciones esponsales que a jerga megalítica. Tengo mis teorías y mi explicación acerca del porqué y para qué de los dólmenes, pero lo que me ha llevado hasta ellos ha sido siempre la ilusión de la búsqueda, la emoción del encuentro, la pura fascinación ingenua por encontrármelos en el paisaje, tocarlos un poco y sacarles una foto.

He dejado caer que soy con mucha probabilidad la persona que ha visto más dólmenes en el universo conocido. Bueno, en el conocido y en cualquiera de los otros, porque allí en el multiverso habrá cosas parecidas a dólmenes, qué duda cabe, pero no dólmenes, no estos dólmenes. Aquí en esta Tierra creo con bastante fundamento que quien ha vis-

to más dólmenes que nadie soy yo, lo cual no es necesariamente bueno ni loable, ni digno de égloga o elogio, puede que, si me apuras, tal vez todo lo contrario.

¿Por qué digo esto con tan profunda convicción, rayana en la presunción y el esnobismo? Bueno, ésa es otra muestra más de mi friquismo. Porque un arqueólogo es una persona seria que cuando va a ver un dolmen va por algo, para estudiarlo, para excavarlo, para cotejar con otros estudios similares, o porque sí, porque quiere verlos como yo, pero seguro que los arqueólogos vocacionales o de largo linaje se quedan un buen rato viéndolos o pasándolos la espátula o haciendo algo interesante o provechoso con ellos. Su mucho saber y conocimiento de la materia les faculta para ver en ellos cosas que yo no veo en absoluto, con lo que mi estancia en el dolmen suele ser mínima, salvo que nos quedemos a comer o a merendar, que eso también nos ha pasado mucho.

Pero allí donde los arqueólogos se quedan horas y horas hurgando en un dolmen y sacando conclusiones pertinentes y ponderadas, yo no tengo nada que cotejar ni que concluir y acabo en seguida. En un pis Pas ya está visto el dolmen. Una vuelta por aquí, otra vuelta para allá para verlo por el otro lado, ahora entrar en la cámara, (eso sí, entrar dentro, siempre), sacar la foto y, listo, a por otro dolmen.

Este procedimiento abreviado y un tanto deslavazado que nos gastamos para ver dólmenes es lo que nos concede me da una ventaja temporal definitiva para saltar de dolmen y dolmen y de poblado en yacimiento y ser así capaces de visitar muchos más dólmenes que ellos, que tienden a la minuciosidad y el sosiego y al estudio pulcro y meticuloso del asiento megalítico. Luego además se jubilan y se acabó, es posible que cambien de actividad y se dediquen a al aerobic o a la guitarra o a algo completamente diferente, Yo en cambio, sigo erre que erre. Veía dólmenes en activo y los sigo viendo en pasivo. Es pura matemática. Echad cuen-

ta y ved que muy probablemente lo que digo sea cierto. Muchos en poco tiempo, raro es que un dolmen me dure más de media hora. ¿Es o no es otra muestra más de un friquismo galopante, nunca mejor dicho, porque eso más que visitas son galopadas, tanto las mías y la de Pili, que también ha visto los suyos, no tantos como yo, porque la enfermedad de su madre la obligó a interrumpir sus visitas friquis? Puede decirse que Pili ha visto un setenta por ciento de los que he visto yo. No sé si eso es mejor o peor para ella. Considerando que no es tan entusiasta de los dólmenes como lo soy yo, pura obsesión, y que muchas veces me acompañaba, como hacen las parejas sensatas, más que nada por no discutir, cabe concluir que lo suyo tiene más mérito, mucho más mérito que el mío, que voy porque me gusta, y porque soy un friqui de pies a cabeza. Ella ha ido muchas veces para cuidad y controlar y no dejar solo a esa alma de cántaro que a saber dónde es capaz de meterse si nadie lo sujeta.

Una vez, en el dolmen de Barbacena, en Elvas, vimos llegar, envuelta en el polvo y la arena del tortuoso camino, una furgoneta blanca de la que se bajó un tipo joven que a toda prisa y con un metro en la mano corrió a subir al dolmen en el que estábamos, colocó el metro junto a la piedra, un metro de esos rojiblancos que se usan en arqueología para comparar el tamaño de las cosas que se fotografían, hizo la foto, dio las buenas tardes y se fue tan deprisa como vino, total, cuatro minutos, mucho menos de la media hora que promediamos nosotros para ver nuestros dólmenes. Diréis que ése sí que es un friqui de verdad y que a buen seguro que a ese ritmo ha podido ver muchos más dólmenes que yo. Podría ser, pero si así fuera yo lo conocería, sabría de su vida y milagros, como esos rivales que acaban conociéndose sin saludarse después de mucho patearse el mundo y participar en las mismas competiciones. Pero no lo creo.

Me pareció un friqui puntual, flor de un día. Además, el metro rojiblanco que colocaba al pie del meño es prueba de alguna especialización, de alguna cualificación técnica de la que yo carezco en absoluto y que le ralentizaría a buen seguro, por más que lo que hiciera lo hiciera a toda mecha. No. No creo que haya estado en España, en Portugal, en Francia, en Irlanda, en Gran Bretaña, en Holanda, en Malta, en las Islas Jersey. No. Sin ninguna duda. No creo que fuera tan cabezón como yo. Un velocista frenético pero que pierde fuelle en la carrera frente a un corredor de fondo que lleva más de cuarenta años acumulando piedras. Y además joven, aunque solo fuera por eso, le faltan años. No. En el desfile no habría sitio para los dos.

Para friqui de los dólmenes, un servidor, con permiso de Pili.

—Doctor, a menudo veo dólmenes. ¿Es eso malo?

—No, si puede pagarlo. Esos viajes suelen ser caros. —Me replicaría el galeno.

En otros libros de vocación más seria y pretendidamente rigurosa hemos volcado las fotos y los mapas y las descripciones del modo en que se llega a estos dólmenes a los que hemos dedicado una buena parte (cuatro décadas pueden considerarse una buena parte) de nuestro periplo vital.

Pero no os preocupéis. Este es un libro de anécdotas y aquí solo hablaremos de las cosas que nos han ocurrido por el camino, contadas sin un orden aparente ni desde luego cronológico, sino tal como aparecen en el recuerdo, que se mueve a través de las décadas hacia adelante o hacia atrás, hacia acá o hacia allá, y surge un poco a su aire y de imprevisto cuando parecía que lo teníamos perdido o dormido. Ya se sabe que en los viajes, como en tantas facetas de la vida, lo importante es el camino. Pues este libro es solo para contaros algunas de las cosas que nos han ocurrido en esos caminos, mientras buscábamos dólmenes, algunas de ellas

tan divertidas, tan raras o decididamente inverosímiles, que tengo que prometeros que todo cuanto sigue es absolutamente cierto con muy poco margen de exageración, o al menos es tal y como nosotros lo recordamos.

Soñé con dólmenes

Debo confesaros algo. Llevo cerca de cuarenta años buscando dólmenes por España, por Europa y por cualquier lugar donde haya tenido la más mínima pista sobre la existencia de un dolmen todavía no visitado. Aún hoy, cuando hay noticias del hallazgo de un nuevo dolmen en algún lugar del que no tenía conocimiento, cojo la cámara, echo gasolina al coche y me encamino raudo hacía el lugar de los hechos con la misma ilusión de adolescente que me gastaba a principios de los ochenta, cuando comenzó esta extravagante afición.

¿De dónde me viene esa pasión casi obsesiva por los dólmenes? No tengo conocimientos arqueológicos ni nunca he pretendido tenerlos, aunque mucho se me va pegando con los años y las visitas. Hasta hace muy poco no me había planteado buscar editoriales donde publicar mis hallazgos, y las encuadernaciones artesanales de mis fotos, mapas y descripciones han sido solo para disfrute particular mío y de un muy pequeño pero selecto grupo de amigos. No tengo ningún objetivo claro ni beneficio alguno cuando voy buscando dólmenes, salvo el obvio de encontrarlos.

Así que con la pérdida del sentido del ridículo que vamos adquiriendo con los años me atrevo ahora a confesaros el origen de esta obsesión onírica, nunca mejor dicho, que me ha llevado hasta los cerca de dos mil dólmenes que llevo visitados. Ya lo he dicho: un sueño. Una noche de principios de los ochenta soñé con dólmenes. En ese ensueño yo estaba en una especie de colina oscura donde había muchísimos dólmenes de distintos tamaños y formas diseminados a diversas alturas de esta colina. Era de noche. No cuando lo soñé, claro, sino en el mismo sueño, y las formas de estos dólmenes diseminados por la colina aparecían borrosas y desdibujadas hasta que me acercaba a ellos y, entonces se

manifestaban con plena nitidez. Y eso fue todo. Un simple sueño, pero tan intenso, tan extraño, tan real, que fue motor suficiente para todo lo que vino después. Vestirlo con el traje del hobby cultural, del empeño didáctico, es tan solo un camuflaje con el que a veces encubro la simple y un tanto absurda obsesión sin propósito ni beneficio que nació del puro y simple argumento de un sueño.



Quién me mandaría a mi soñar nada…

Y el caso es que nunca me he arrepentido de esta absurda afición. Todo lo contrario. Puedo aseguraros que me ha proporcionado muchísimas horas de felicidad nos ha permitido conocer sitios, gentes, costumbres, paisajes, rarezas, comidas. Nos ha pasado de todo y casi todo bueno, o al menos nunca nada que no acabara en feliz desenlace.

Era tal la ilusión y la emoción con la que preparaba los viajes y luego a la vuelta organizaba la captura y seleccionaba las fotos, marcaba mapas y detallaba la ruta de acceso, que casi he llegado a sentir algo parecido a la pena que me daban los turistas que simplemente visitaban ciudades sin megalitos

y recorriendo lugares sin un solo dolmen que llevarse a la cámara. Viajar sin el propósito de ver un dolmen siquiera de paso, era para mí tan triste y a veces tan inconcebible como pasarse la tarde jugando a las cartas sin la ilusión de la posterior cita con la novia, como me pasaba a mí algunas tardes de agosto al principio de nuestro noviazgo.

Y todo esto, los miles de dólmenes vistos, los cientos de miles de kilómetros recorridos y las muchísimas horas invertidas por un simple sueño, tan vívido, tan intenso, que aquí me tenéis, otra vez rodeado de dólmenes cuarenta y cuatro años después, organizando por una parte la publicación de los dólmenes de España y del mundo para hacer un libro serio, y por otra recopilando anécdotas y haciendo memoria de días muy felices para algo más desenfadado como lo que leeréis ahora.

Estas son algunas de las cosas que nos pasaron mientras buscábamos dólmenes.

¿Cómo empezó todo? En donde se explica por qué a los antiguos les dio por erigir dólmenes, y a mí por visitarlos

No sé si antes de seguir con las anécdotas sería bueno entrar un poco en saber lo que son los dólmenes, quiénes los erigieron, con qué finalidad, etc..; Si sois como yo, preferiréis obviar todas estas cuestiones y poneros directamente a buscar dólmenes o, en este caso, saber qué es lo que nos iba ocurriendo por el camino cuando nos poníamos a buscarlos, que es lo que fundamentalmente queremos contaros.

Pero no estaría de más que dedicáramos algunas líneas a comentaros algunas cuestiones técnicas acerca de los dólmenes. Bien es cierto que una rápida visita a Google nos pondrá en seguida al día en cuestiones megalíticas con más acierto y eficacia, pero ya que estáis leyéndome y por no haceros encender el ordenador o levantaros a coger el móvil, que lo estaréis cargando, ya os informo yo. No os asustéis porque ya os he dicho que no soy un experto en la materia (qué clase de friqui sería si pudiera aportar argumentos técnicos al asunto), así que forzosamente las explicaciones dadas por nosotros han de ser muy parcas y acabamos en seguida.

A los dólmenes se les llama así por lo general, dolmen, que viene del bretón "mesa de piedra", aunque en Galicia, Extremadura y Portugal se les llama también Antas. También en Portugal y Galicia ha dólmenes a los que se llama arcas o arquiñas y más específico del norte de Portugal podemos ver que a algunos les llaman orcas. En Cataluña optan por llamarlos galerías catalanas —qué extraño— o cistas.

En Francia los denominan "allés couvertes". Los entendidos suelen referirse a ellos como sepulcros de corredor, sepulcros de falsa cúpula, cistas megalíticas o incluso tholos, en función de ciertas características concretas que para

ojos expertos hacen diferentes unos de otros. El pueblo llano tiene a bien prescindir de tales tecnicismos y se refiere a ellos simplemente como cuevas de moros, cuevas de brujas, piedras moras o chabolas de hechiceras. Todo menos dolmen. Si vas preguntando por el dolmen en algunos lugares de la España o la Portugal vaciadas, lo más seguro es que crean que buscas dónde dormir y te encaucen amablemente hacia una pensión.



Dolmen moderno de artista local de Valbuena, Álava.

Hay dólmenes grandes y pequeños, enormes como camiones y pequeñitos como utilitarios. Los más grandes están en Francia, los más pequeños en Irlanda. ¿Los nuestros? Pues aquí hay un poco de todo, pero digamos que predomina el término medio. Por cierto, tenemos el privilegio de contar con uno de los dólmenes más grandes de la cultura megalítica: la Cueva de la Menga, en Antequera, que como ya habrás supuesto no es una cueva, aunque por fuera lo parezca, enterrado como se halla bajo su imponente túmulo.

A los antiguos les dio por fabricar dólmenes hace unos seis mil años, y dos mil años después ya empezaron a dejarlo,

ocupando la franja de la humanidad que llamamos el periodo neolítico, por lo megalítico y neolítico son conceptos que suelen ir de la mano, cuando las gentes de aquel entonces abandonaron la trashumancia y les dio por quedarse quietos parados en un sitio y dedicarse a la agricultura y ganadería, lo que a decir de algunos con Hariri al frente fue un lamentable error de estrategia. Y en lo que se refiere a actividades culturales y recreativas, amén de vasijas y collares y pequeños objetos ornamentales, lo que más les ponía era la erección —con perdón— de dólmenes, menhires, y crómlech y alineamientos con la piedra siempre como material estelar. Así que dos mil años de megalitismo no está nada mal para una corriente artística. Ya veremos cuánto dura el reguetón o el minimalismo. Los últimos dólmenes con marchamo oficial de megalítico se dieron hacia el año mil antes de Cristo. Bien es cierto que dólmenes posteriores hay también en diversas partes del mundo, pero no son dólmenes, al modo en que las zapatillas compradas en el top manta no son Adidas. En América central, por ejemplo, hay ejemplares levantados poco antes de que llegaran los españoles, pero en puridad la cultura megalítica se cerró pocos siglos antes de que los minoicos y luego los griegos inundaran el mundo antiguo y las enciclopedias del moderno con su esplendor cultural y sus sabios y sus partenones. Por decirlo todo y hablando en puridad, todavía se construyen dólmenes. El último ejemplar conocido tiene diecisiete años de antigüedad y es obra de un artista local de la población alavesa de Valbuena, junto al dolmen de verdad, el clásico de toda la vida de El Montecillo. Y hay que decir que da el pego perfectamente, como vemos en la foto.

Geográficamente hablando, la cultura megalítica comenzó en Oriente Medio y se extendió hacia el occidente europeo, con Portugal e Irlanda como límites territoriales, con lo que al llegar al océano se acabó toda la tontería de

dólmenes y menhires. La cultura megalítica es propiamente una cultura europea, aunque por aquel entonces nadie sabía lo que era Europa ni lo que depararía el brexit. Si nos ponemos exquisitos, podríamos decir que todo lo que no esté dentro de esta franja que va del Líbano a Setúbal no puede obtener el certificado oficial de pertenencia a la cultura megalítica.



Dolmen-merendero de Entreaguas, Pavia, Portugal.

Y ahora lo fundamental. ¿Qué son los dólmenes? ¿Para qué se erigieron? La opinión mayoritaria de los expertos es que eran fundamentalmente sepulcros donde los vivos enterraban a sus muertos acompañados de sus ajuares y sus galas, pero también hay iglesias donde se entierra a la gente y no por ello las iglesias son cementerios. Hay quien opina que los dólmenes eran lugares sagrados en los que precisamente por su sacralidad previa y anterior al óbito se hacía enterrar en ellos la gente pudiente, con lo que primero estaría el templo y luego la tumba. Finalmente, hay quien como mi cuñado Luis y yo mismo, aunque con alguna reserva y depende qué día me cojas, opina que eran lugares escogidos y erigidos en razón de sus propiedades

telúricas, es decir, lugares mágicos. En la Sierra de Aralar, por ejemplo, todavía hace pocos años que la gente, cuando pasaba junto a un dolmen, le tiraba una pequeña piedra y le decía al meño: "Tú a lo tuyo, y yo a lo mío". Y muchos lugareños todavía se refieren a ellos como cuevas de brujas o de moros, citando casos de gente que se quedó a dormir dentro de ellos y apareció muerta, lo que habla del misterio y el enigma con el que los dólmenes se han hecho de valer a lo largo de la historia. A veces las piedras las traían de lugares muy alejados de su emplazamiento, definitivo, con gran despliegue logístico de trineos, cuerdas, poleas y mucha fuerza bruta animal y personal, lo que hace sospechar que un simple enterramiento al uso no sería, dada la magnitud de la empresa.

Lo más probable es que sea un poco de todo, lugares mágico-religiosos donde la gente, por si acaso, se hacía enterrar, dónde se va a estar mejor si por si acaso hay algo luego. Lo que sí es seguro es que no eran corrales, para los que todavía en algún sitio se les utiliza. Ni trasteros donde dejar los avíos, que también los hemos visto en el Alentejo.

Hablando de interpretar, tenía una amiga que enfocaba el asunto de manera simbólico-práctica y entendía ella la oquedad del dolmen como la alusión a un gran chocho, con toda la carga psico-erótico-analítica que eso conlleva. Ni que decir tiene el simbolismo que mi amiga le daba también a los menhires. Tal vez por ello y desde que me hizo partícipe de sus interpretaciones, el tema de los menhires es género que no toco mucho, aunque sea obligado mal que me pese a hablar de los altos y espigados menhires del Finisterre francés.

De su técnica constructiva, mi bagaje cultural solo da para deciros que un dolmen no se levantaba de la noche a la mañana. En YouTube circula la pretensión de un centenar de entusiastas que con mucha cuerdas y poleas y no poca

fuerza bruta se pusieron a levantar uno de tamaño medio, nada espectacular, y fracasaron en el intento. Así que fácil no era. Lo más aceptado es que ponían mucha arena debajo y luego poco a poco y con ayuda de cuerdas y rodillos iban levantando las piedras laterales hasta ganar la verticalidad. Luego colocaban la de cubierta y listos. Todo ese túmulo o montículo de tierra y piedra pequeña o arenisca se quedaba allí cubriendo el dolmen, como ocurre en los de la Sierra de Aralar, que siguen semi enterrados, o bien se retiraba toda aquella argamasa y quedaba la piedra limpia y exenta para disfrute visual de aficionados, de lo que resulta un dolmen la mar de fotogénico y vistoso, tal el caso de Sortinetxe en Salvatierra, o mejor a efectos didácticos el dolmen de Eguilaz, muy cerca de aquél, pues en este caso los arqueólogos decimonónicos excavaron el túmulo solo hasta su mitad y de esta manera dejaron exento el dolmen a la par que el montículo de tierra a su lado demostraba que los dólmenes nacieron enterrados, por más que muchos los veamos ahora completamente desnudos y libres de polvo y paja, nunca mejor dicho. Estos vistosos ejemplares exentos son los que hacen afición y llaman al friquismo. Los enterrados tendrán su gracia y su visita, sí, pero a mí ésos no...

Y aquí lo dejamos. Breve, ¿no? Ya os he dicho que mucho no conozco del tema ¿Qué otra cosa cabría esperar de un friqui que encima tiene a gala serlo? Cierto es que estoy exagerando un poco y que a lo largo de los cientos de dólmenes y los miles de kilómetros algo de bagaje y culturilla se te va quedando, casi sin querer, como al pescadero se le queda algo de olor en la ropa o el celador del hospital es capaz de dar un diagnóstico para tus síntomas solo por la de veces que ha oído hablar a los médicos. Pero lo mío es simplemente buscar, llegar, tocar... y, claro, lo que sucede en el camino.



Dolmen de Eguilaz, Álava, con la mitad del túmulo excavado en plan didáctico

Hay dólmenes y dólmenes

¿Sabéis el chiste de esos dos amigos que van por la calle y se cruzan con una chica escultural, y uno de ellos, embelesado ante su belleza, le dice al otro:

—Verdaderamente, hay mujeres y mujeres.



Mini dolmen de Can Planas, en Roca del Vallés, Barcelona.

A lo que el otro le responde:

—¿Ah, sí? Y entonces, tu mujer, ¿cómo es?

—¿Mi mujer? Pues... ni una cosa ni otra.

Pues con los dólmenes ocurre lo mismo. Que hay dólmenes y dólmenes. Y luego están los que no son ni una cosa ni otra.

Como ejemplo de la primera categoría de dólmenes, está **el dolmen más diminuto** que yo haya visto nunca, que es como decir de todos los dólmenes: se encuentra en Gerona, en un camino de tierra que nace de la carretera entre Roses y Llansá. Se llama la Tumba de la Generala, y ciertamente debió de ser una generala muy bajita, porque el dolmen no

levanta un palmo del suelo y su perímetro apenas gasta un metro cuadrado de terreno.

Este mini dolmen debió de ser tal vez un trabajo de clase para los niños prehistóricos, o bien la familia andaba escasa de presupuesto y no podía gastarse mucho en piedras. El caso es que si estáis mirando a otro sitio mientras pasáis al lado, es bien posible que os vayáis sin verlo.

Por el contrario, hay dólmenes en los que podrían entrar a vivir varias familias. No puedo afirmar con rotundidad cuál es **el dolmen más grande** del megalitismo, pero sí puedo mencionar el top ten de los dólmenes descomunales entre los que sin duda se encuentra el mayor. Seguro que es alguno de éstos:

En España tenemos como buque insignia la Cueva de la Menga en Antequera, que contra lo que pueda parecer no es ninguna cueva sino un dolmen hecho y derecho. Si no es el más grande del mundo, está en el cajón del podio.



Mini-dolmen de la Tumba de la Generala, Roses, Gerona.
Posiblemente el más pequeño del mundo.



Datado en 3.534 AC. Por la mañana. A eso de las once y cuarto.



Lo más curioso de la Cueva de la Menga es que no es una cueva.

Sin salirnos de España, otro candidato al título del dolmen más grande del mundo es el de Lácara, en Badajoz, aunque a la cámara le falta la cubierta y eso le resta muchos puntos. Como tercera opción tenemos la Creu d'en Cobertella, en Roses, donde curiosamente se halla también a muy pocos kilómetros el mini dolmen trabajo escolar de la Tumba de la Generala que os mencioné, con lo que tene-